

V Domingo de Pascua

Primera lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 6, 1-7)

En aquellos días, como aumentaba mucho el número de los discípulos, hubo ciertas quejas de los judíos griegos contra los hebreos, de que no se atendía bien a sus viudas en el servicio de caridad de todos los días.

Los Doce convocaron entonces a la multitud de los discípulos y les dijeron: “No es justo que, dejando el ministerio de la palabra de Dios, nos dediquemos a administrar los bienes. Escojan entre ustedes a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a los cuales encargaremos este servicio. Nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra”.

Todos estuvieron de acuerdo y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presentaron a los apóstoles, y éstos, después de haber orado, les impusieron las manos.

Mientras tanto, la palabra de Dios iba expandiéndose. En Jerusalén se multiplicaba grandemente el número de los discípulos. Incluso un grupo numeroso de sacerdotes había aceptado la fe.

Salmo Responsorial (Salmo 32, 1-2. 4-5. 18-19)

R. El Señor cuida de aquellos que lo temen. Aleluya.

Que los justos aclamen al Señor;
es propio de los justos alabarlo.
Demos gracias a Dios al son del arpa,
que la lira acompañe nuestros cantos.

Sincera es la palabra del Señor
y todas sus acciones son leales.
El ama la justicia y el derecho,
la tierra llena está de sus bondades.

Cuida el Señor de aquellos que lo temen
y en su bondad confían;
los salva de la muerte
y en épocas de hambre les da vida.

Segunda lectura de la primera carta de Apóstol San Pedro (1 Ped 2, 4-9)

Hermanos: Acérquense al Señor Jesús, la piedra viva, rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa a los ojos de Dios; porque ustedes también son piedras vivas, que van entrando en la edificación del templo espiritual, para formar un sacerdocio santo, destinado a ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios, por medio de Jesucristo. Tengan presente que está escrito: *He aquí que pongo en Sión una piedra angular, escogida y preciosa; el que crea en ella no quedará defraudado.*

Dichosos, pues, ustedes, los que han creído. En cambio, para aquellos que se negaron a creer, vale lo que dice la Escritura: *La piedra que rechazaron los constructores ha llegado a ser la piedra angular, y también tropiezo y roca de escándalo*. Tropezan en ella los que no creen en la palabra, y en esto se cumple un designio de Dios.

Ustedes, por el contrario, *son estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada a Dios y pueblo de su propiedad*, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable.

Evangelio según San Juan (Jn 14, 1-12)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “No pierdan la paz. Si creen en Dios, crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. Si no fuera así, yo se lo habría dicho a ustedes, porque ahora voy a prepararles un lugar. Cuando me haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes. Y ya saben el camino para llegar al lugar a donde voy”.

Entonces Tomás le dijo: “Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?” Jesús le respondió: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí. Si ustedes me conocen a mí, conocen también a mi Padre. Ya desde ahora lo conocen y lo han visto”.

Le dijo Felipe: “Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta”. Jesús le replicó: “Felipe, tanto tiempo hace que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces? Quien me ve a mí, ve al Padre. ¿Entonces por qué dices: ‘Muéstranos al Padre’? ¿O no crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Las palabras que yo les digo, no las digo por mi propia cuenta. Es el Padre, que permanece en mí, quien hace las obras. Créanme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Si no me dan fe a mí, créanlo por las obras. Yo les aseguro: el que crea en mí, hará las obras que hago yo y las hará aún mayores, porque yo me voy al Padre”.

Homilía

Ver a Jesús tiene sus consecuencias

Eduardo Casas

1. Los discípulos comienzan a organizarse

En la primera lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles se describe el intenso desarrollo creciente de la primera comunidad de cristianos. Se dice que la Palabra de Dios se expandía gracias a la predicación y que crecía el número de discípulos y que incluso un número de sacerdotes del Antiguo Testamento abrazaron la nueva fe. No obstante, el panorama no es tan ideal. También se consignan necesidades, tensiones y otras nuevas situaciones que hay que atender en un escenario distinto. De hecho se habla de ciertas “*quejas de judíos griegos contra los hebreos*”.¹ Se manifiesta una cierta tensión de diversos grupos entre los primeros judíos convertidos al cristianismo. Una puja entre

¹ Cf. Hch 6,1.

los judíos nativos de Jerusalén y los “*judíos griegos*” también llamados “*helenistas*” que eran los judíos oriundos de otras ciudades, dentro del vasto territorio del imperio romano, que no pertenecían ni a la geografía, ni a la cultura de Israel. Su mundo cultural era el griego, hablaban dicha lengua y tenían otras costumbres. No le daban tanta importancia al templo de Jerusalén, ni a la ley de Moisés, ni a las tradiciones judías.

Los helenistas eran judíos que vivían dispersos por las ciudades del imperio y que, por lo tanto, estaban fuera de la tierra de Israel donde se hablaba arameo. Eran “*judíos de la diáspora*”, llamados así por la dispersión de judíos entre diversos pueblos.

Los judíos que estaban en su tierra y hablaban su lengua natal eran llamados “*hebreos*”. Los judíos de habla griega, por su parte, peregrinaban a la ciudad Santa alguna vez cada tanto, dependiendo de la distancia geográfica en la que estaban y lo hacían en alguna de las fechas de las fiestas de peregrinación: la Pascua o *Pesaj*, Pentecostés o *Shavod*, la fiesta en que los judíos conmemoraban la entrega de los Mandamientos de Dios a Moisés; y la Fiesta de los Tabernáculos o *Sucot* donde se celebraban los cuarenta años en las Tiendas del desierto hasta llegar a la Tierra Prometida.

En este primer grupo de cristianos, provenientes de diversas extracciones judías, se advierte una clara tensión que manifestaba la diferencia entre las culturas. Los judíos griegos al hablar otra lengua, tenían otra mentalidad y realizaban planteamientos a las prácticas y tradiciones religiosas instauradas en Israel. Sobre todo, se quejaban debido al descuido en la atención a las viudas.

En el Antiguo Testamento, las viudas pertenecían a la clase más marginal y vulnerable dentro de las mujeres, ya que quedaban desprotegidas social y legalmente al no tener un varón, ni poder disponer de los bienes de él para subsistir. El destino de las viudas que no habían podido casarse de nuevo, en la cultura patriarcal de los judíos, era casi inevitablemente la pobreza, el abandono y la invisibilización social y religiosa. De allí que la Biblia insistía en las prácticas de amor y misericordia para con las viudas, los huérfanos y los extranjeros, sobre todo² ya que eran los exponentes de los desposeídos: no tener un marido (la viuda); no tener padres (los huérfanos) y no tener pertenencia a una tierra y a una cultura (los extranjeros y migrantes).

Esta tensión en la comunidad, los Apóstoles la resolvieron dando cabida al reclamo y creando un nuevo servicio que, al ser permanente, se constituyó en un “*ministerio*”. Convocaron entonces a la comunidad y le pidieron que eligieran candidatos que luego fueron confirmados por ellos.

Fueron presentados siete judíos helenistas, tal como se puede ver por los nombres que tenían³ y los Apóstoles realizaron así una primera organización pastoral y una primera

² En el Antiguo Testamento las viudas, en razón de su pobreza (cf. Bar 4,12-16; Is 47,9) son especialmente queridas a los ojos de Dios, que las protege con su ley (cf. Is 10,2; Dt 26,12-13; Si 35,13-15; Sal 94,6-10). En el Nuevo Testamento, aparecen como objeto de especial afecto por parte de Jesús (cf. Lc 7,11-15; 18,3-5; 20,47; 21,2-4) y la atención a las viudas es un importante deber de caridad para los primeros cristianos (cf. St 1,27).

³ En la lista aparece un tal Felipe (nombre griego) que también era judío de habla griega y que no debe confundirse con el Apóstol Felipe, el cual también era judío y hablaba griego (cf. Jn 12,21-23), aunque era natural de Betsaida, el pueblo del Apóstol Pedro, de Juan y de Santiago. Por otro lado, en la lista de los siete nombre del Libro de los Hechos de los Apóstoles hay un tal Nicolás que era “*prosélito*”, lo cual significa que se había convertido al judaísmo.

diversidad de servicios y ministerios, ya que ellos se dedicaron a la predicación y a la oración y los siete delegados, representantes y responsables directos de ellos en las comunidades, se dedicaron al servicio de la caridad. Aunque la tradición ve en este texto el fundamento de los que hoy llamamos “*diáconos*” (palabra griega que significa literalmente “*servidores*”), hay que notar que -tanto el sustantivo servicio como el verbo servir usado en el texto- aluden tanto a lo que realizaban los doce Apóstoles, como a lo que hacían los siete nuevos servidores: “*escojan entre ustedes a siete hombres a los cuales encargaremos este servicio. Nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra*” (Hch 6,3-4).

El texto no hace referencia a un nuevo “*ministerio ordenado*”, sino simplemente a un nuevo ministerio, un nuevo servicio para que -aquellos que habían sido olvidados y discriminados- fueran atendidos. El cuidado y la atención empezó desde entonces por los más vulnerables y excluidos, siguiendo la práctica de Jesús.

Comenzó así a generarse germinalmente la complejidad organizativa y estructural de la comunidad de los orígenes: estaba el ministerio de los Apóstoles (predicación y oración) y el ministerio de la atención pastoral hacia los más vulnerables y pobres. Estos servicios principales coexistían en medio de las tensiones culturales (lengua, costumbres y prácticas) entre los diversos grupos judíos que conformaban la primera gran comunidad de los seguidores de Jesús

La incorporación de los judíos de habla griega fue un paso decisivo que marcó, para siempre, el destino del cristianismo frente al judaísmo y otras culturas. Se verificó así un cambio de rumbo, una primera apertura hacia la integración y hacia la diversidad cultural y étnica. Un primer paso hacia la configuración de la “*catolicidad*” como universalidad inclusiva e integración de distintos. Este camino se fue expandiendo cada vez más y fue configurándose cada vez más definidamente.

No era solamente la lengua materna lo que diferenciaba a los Apóstoles de los judíos de la diáspora. Los judíos helenistas aportaron una mentalidad más abierta y renovada. Impulsaron que los discípulos de Jesús no se mantuvieran por siempre amparados y arraigados en las tradiciones del judaísmo, de la ley y el templo, de lo contrario perderían la identidad que Jesús les había comunicado a partir de la Última Cena, la Pascua y la Resurrección. Estas primeras comunidades comenzaron una fuerte resignificación de las tradiciones judías, tal como también el mismo Jesús había hecho.

Esta decisión de los Apóstoles de incorporar a los siete judíos de lengua y mentalidad griega configuró la dirección de apertura y la identidad inclusiva del movimiento de seguidores de Jesús. Esta orientación luego se abrió aún más completamente hacia nuevos horizontes y culturas con la figura gigantesca de San Pablo que provocó, junto a otros, la expansión del cristianismo por todas las culturas del mundo entonces conocido.

Por su parte, la segunda lectura tomada de la primera carta del Apóstol San Pedro a los romanos, afirma que todos formamos “*un sacerdocio santo, destinado a ofrecer*

sacrificios espirituales”⁴; “*un sacerdocio real, un pueblo adquirido. Los que antes no eran pueblo, ahora son el Pueblo de Dios*”.⁵

Estas afirmaciones nos hacen comprender que, aparte del sacerdocio de los Apóstoles y del ministerio de los siete servidores, aparece también en la Palabra de Dios, el sacerdocio del Pueblo de Dios. Este fragmento de la la primera carta de San Pedro no se refiere al sacerdocio de los ministros, sino al sacerdocio del Pueblo. En la tradición de la Iglesia se ha llamado *sacerdocio común de los fieles* o *sacerdocio bautismal*. Es el sacerdocio que todos recibimos en el bautismo.

Todos somos mediadores de la gracia de Dios. El sacerdocio se define por el ministerio de la mediación entre Dios y su Pueblo. Esa mediación bautismal es, ante todo, un ministerio, un servicio. No es poder, ni rango jerárquico, ni autoridad indiscutible. Es simplemente un servicio para otros.

Esta concepción es un paso más en el avance de apertura del cristianismo de los orígenes respecto al judaísmo. La religión judía, su culto y su sacerdocio dinástico (que era heredado por derecho de sangre y se recibía por descendencia si se pertenecía a la Tribu de Leví) consistía en un ministerio marcadamente elitista con la prerrogativa de lo más santo reservado solo a los sacerdotes del templo. Esta perspectiva del sacerdocio deja paso a un nuevo sacerdocio del pueblo, un sacerdocio comunitario, para todos.

Es por eso que en esta misma Carta el Apóstol San Pedro habla del templo espiritual y de su piedra fundamental. El Templo de Jerusalén era el gran patrimonio espiritual del judaísmo, el cual desplazado. Ante un nuevo sacerdocio también se descubre un nuevo templo, cimentado en la piedra angular que es Jesús. Ya no se necesita un templo único, ni sacrificios rituales. Los “*sacrificios espirituales*” de los que habla el Apóstol San Pedro se realizan en la liturgia de la vida. Jesús es la “*piedra viva*”, cimiento sostenido en la Resurrección, y la Iglesia se edifica como pueblo.

Por otro lado, en el Evangelio de Juan, Jesús se proclama como la mediación privilegiada para el acceso a Dios. Lo hace a través de una metáfora: “*Camino, Verdad y Vida*”.⁶ Sabemos que el camino es para andar y llegar a una meta; la vida es la experiencia existencial fundamental que, en el Evangelio de Juan, consiste en el don más importante que viene a compartir Jesús ya que, en este Evangelio, se hace reiteradamente referencia a la “*vida*”⁷, a “*la vida en abundancia*”⁸ y a la “*vida eterna*”.⁹ La categoría “*vida*” es comparable al “*Reino de Dios*” o al “*Reino de los cielos*” que aparece en otros Evangelios.

Por su parte, la verdad no es una idea abstracta, ni un concepto teórico, ni un discurso lógico, sino que consiste en una realidad que se hace, se realiza, se lleva a la práctica. Hay una identificación con la verdad¹⁰ que nos hace ser coherentes con la luz. Caminar en la verdad, es caminar en la luz.¹¹

⁴ Cf. 1 Pe 2,5.

⁵ Cf. 1 Pe 2,9-10.

⁶ Cf. Jn 14,6.

⁷ Cf. Jn 11,25.

⁸ Cf. Jn 10,10.

⁹ Cf. Jn 3,16; 17,3.

¹⁰ Cf. Jn 18,37.

¹¹ Cf. Jn 8,12; 12,35-36.

La expresión “*Camino, Verdad y Vida*” implica realidades concretas. Es aquello que se transita (camino), se hace (verdad) y se experimenta (vida).

Esta conjunción de realidades -con las que se identifica Jesús- nos da la pauta de la riqueza de su mediación: “*nadie puede llegar al Padre sino por mí*” afirma.¹² Para llegar y experimentar a Dios como Padre hay que pasar por Él. El Señor no nos propone experiencias espirituales abstractas, sino que están ligadas al camino, a la verdad y a la vida de Él y al camino, a la verdad y a la vida de cada uno. Jesús se hace mediación para el misterio de Dios porque de otra forma Dios hubiera seguido siendo un desconocido para nosotros. Jesús nos ha revelado.¹³

La expresión del Señor es categórica. No dice ser un camino, una vida y una vida, sino que afirma ser el Camino, la Verdad y la Vida. A nuestra cultura acostumbrada a los relativismos puede resultar taxativa la afirmación de Jesús. Incluso muchos cristianos asumen otras mediaciones espirituales sin saber integrarlas a su fe y terminan desplazando la mediación que es Jesús. Para aquellos que hemos encontrado la razón de nuestra fe en el Resucitado, todos los otros caminos son opciones que, de ningún modo, reemplazan a Jesús.

Además, a partir de esta mediación de Jesús, se entiende toda otra mediación en su Iglesia, incluyendo aquellas que nombre el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Todos participamos de la mediación del Señor, de diversa manera, conformando la Iglesia. Todos somos sacerdotes, ya que todo sacerdocio, el de los fieles y el de los ministros, es una mediación entre Dios y su pueblo.¹⁴

Tenemos dos maneras para denominar esta mediación: sacerdotes (esta es una denominación de referencia más ritual, litúrgica y sacramental) y pastores (esta es una denominación de referencia más pastoral, de cuidado y de acompañamiento).

Sin embargo, aunque de diversa manera, todos somos sacerdotes y todos somos pastores. Somos sacerdotes porque podemos mediar e interceder por otros a Dios y somos pastores porque podemos cuidar y acompañar a otros en nombre de Dios.

En estos contextos de pandemia, el Papa Francisco ha dicho que hay pastores sacerdotes y pastores médicos.¹⁵ También hay pastores madres, pastores abuelos y abuelas, pastores docentes; etc. Todos los roles sociales son roles pastorales cuando están al servicio del cuidado de otros, si los realiza una persona con fe y en nombre de ella.

Es un tiempo de Iglesia en el que no abundan los pastores sacerdotes y, sin embargo, hay que descubrir y potenciar otros pastores, tanto en la comunidad eclesial como en la comunidad social. Todo el que acompaña y cuida ejerce un oficio de pastor en la vida.

¹² Cf. 14,6.

¹³ Cf. Jn 1,18.

¹⁴ Cf. Hb 5,1.

¹⁵ RELIGIÓN DIGITAL. *En el domingo del Buen Pastor, el Papa pide “que los pastores sacerdotes y los pastores médicos nos enseñen a cuidar al santo pueblo de Dios”*. 03.05.2020. https://www.religiondigital.org/vaticano/Buen-Pastor-Papa-pastores-Dios-pastor-domingo-humildad_0_2228177161.html

En el Evangelio, el Señor dice que, por su cuidado solícito, nos ha preparado -en la casa de su Padre- a cada uno, una habitación.¹⁶ El Apóstol Felipe pidió a Jesús que les mostrara al Padre, no solo que hablara de Él y Jesús respondió que quien lo veía, también estaba viendo al Padre, ya que Él y el Padre son uno. No solo su Persona era reveladora del misterio de Dios, sino que además lo eran sus obras. El Señor aseguró que el poder de sus obras también lo tendrían los discípulos y todo aquel que creyera: *“el que cree en mí hará también las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre”*.¹⁷

Hacer las obras de Jesús y aún mayores que las realizadas por Él no es algo fácil; sin embargo, Él dijo que podíamos hacerlas. Hay que notar que estas *“obras mayores”* no son necesariamente *“milagros”*. Son *“obras”*, término que en el Cuarto Evangelio, se asocia al creer: *“la obra de Dios es que crean en quien Él ha enviado”* (Jn 6,29). Las obras mayores consiste en manifestar la plenitud de la fe por parte de aquel que cree.

En este Evangelio Jesús no solo afirma que Él está en el Padre y el Padre en Él¹⁸, sino que además dice a sus discípulos que: *“allí donde yo esté, también estarán ustedes”* (Jn 14,3). Hay una unidad entre Jesús y su Padre y una comunión entre Jesús y sus discípulos.

Por la fe descubrimos la presencia de Jesús y de su Padre, es por eso que también tenemos que preguntarnos -en estas circunstancias en las estamos viviendo- por nuestra propia presencia y dónde estamos nosotros. No me refiero al lugar físico donde actualmente estamos residiendo, sino a la actitud espiritual con la cual vivimos en este contexto de pandemia: ¿dónde estamos nosotros y qué hacemos? La pregunta es por el ser y por el obrar, tal como el mismo Jesús dice sí.

Hay diversos posicionamientos interiores respecto a cómo cada uno está viviendo este tiempo. La pregunta de Jesús nos puede re-ubicar porque no solo hay que preguntarse dónde está Jesús y dónde está Dios el Padre en medio del sufrimiento, el desconcierto y agotamiento que muchos sufren, sino también preguntarnos dónde estamos nosotros. No somos espectadores de lo que está aconteciendo. Somos protagonistas privilegiados de este momento crucial e histórico.

El Apóstol Felipe -de manera pragmática y resolutiva- le pide a Jesús que muestre al Padre y que eso basta¹⁹ y el Señor, con cierta ternura e ironía, le dice que a pesar de tanto tiempo juntos con los Apóstoles aún no lo conocen.²⁰ Esta afirmación, también vale para nosotros: ¿cuánto tiempo llevamos conociendo a Jesús y aún no lo conocemos, aún no hemos profundizado en su vínculo, aún nos mantenemos en el mismo punto de siempre?

2. Qué ven cuando nos ven

¹⁶ Cf Jn 14,2-3.

¹⁷ Cf. Jn 14,12.

¹⁸ Cf, Jn 14,10.

¹⁹ Cf. Jn 14,8.

²⁰ Cf. Jn 14,9.

En medio del agotamiento y el estrés suscitado por el confinamiento y el estado de excepcionalidad en que estamos sumergidos, tendiendo hacia una administración flexibilizada del aislamiento y hacia la búsqueda paulatina y progresiva de construcción de una nueva normalidad de la vida y de las actividades, hoy Jesús dice “*quien me ve a mí, ve al Padre*”.²¹ Como eco de esta afirmación también podemos parafrasear el Evangelio pensando en cada uno de nosotros: ¿cuándo me ven a mí, qué ven?; ¿cuándo ven a mi comunidad, qué ven?, ¿cuándo ven a la Iglesia, qué ven?

En este tiempo de pandemia, para muchos la visibilidad pública de la Iglesia ha sido escasa, solo hay cierta visibilidad mediática a través de las celebraciones de las misas. Más que una “*Iglesia en salida*” -como postula el Papa Francisco- estamos reclusos. Ciertamente estamos obligatoriamente reclusos por motivos del aislamiento preventivo y obligatorio; sin embargo, hay reclusiones e invisibilizaciones que no dependen del aislamiento.

La Iglesia no solo transmite misas por instancias virtuales sino que, en el día a día, tanto a nivel institucional en sus organizaciones, como a nivel personal, muchos creyentes, hombres y mujeres profesionales, ciudadanos que prestan sus servicios, ya sea en razón de sus trabajos o bien en sus servicios pastorales, junto a numerosos sacerdotes, religiosos y religiosas, visibilizan la Iglesia cotidiana. Muchas obras eclesiales, realizadas particularmente en este tiempo de pandemia, no han tenido mayor exposición.

Para muchos, la actividad de la Iglesia resulta suspendida y su pastoral está pospuesta en su agenda de reuniones, actividades, proyectos y planificaciones. No se trata simplemente de posponer “*hasta nuevo aviso*”, sino de salir de este contexto con una nueva perspectiva de todo, incluso de la visibilidad eclesial y pastoral. En el futuro inmediato, no se tratará nuevamente de hacer y recuperar los eventos y las reuniones postergadas, sino principalmente mirar la realidad, dejarnos interpelar por ella y arriesgarnos a hacer algunas preguntas.

No es que haya que volver a la actividad como si nada hubiera ocurrido, intentando recuperar el tiempo, las actividades e incluso el dinero perdido por la inactividad. Sospecho que muchos volverán a un hiper activismo que nuevamente los volverá a alienar. Hay quienes tienen nostalgia de todo eso. Volver a lo mismo y, tal vez, en mayor grado e intensidad, sería necio.

La experiencia de pandemia no es una pesadilla que habrá que olvidar, un mal recuerdo que es necesario borrar. Esta experiencia personal y comunitaria es una vivencia inédita y única, del todo singular que ha acontecido a la humanidad integralmente, modificando todos los indicadores culturales (sanitario, económico, político, social, tecnológico, religioso, laboral, etc.) y que servirá para un salto cualitativo como género humano en la progresión de la conciencia, en la calidad de vida y de vínculos y en la construcción del mundo en que decidamos vivir. Esta experiencia ha sido profundamente niveladora en lo esencial para todos, sin distinción alguna. Todos hemos sido solamente humanidad amenazada, afectada y en riesgo. Todos, incluyendo los países más desarrollados, han sido simplemente humanidad vulnerable y vulnerable. Todo el mundo ha estado, por primera vez en la historia, en una experiencia universal de confinamiento.

²¹ Cf. Jn 14,9.

En esta perspectiva, las reuniones y encuentros pastorales que se han pospuestos, no pueden considerarse pérdida. Cuando salgamos del confinamiento, siendo muy sensibles a todo lo que haya quedado herido en nuestro entorno, tendremos que enfrentarnos a los nuevos retos y a las nuevas preguntas que se suscitarán, dándonos tiempo para buscar juntos la respuesta y hacer el camino. No se trata de agendas que ya caducaron, sino de estar de pie y de pararnos con la conciencia de que estamos en nuevos escenarios. El mundo pre-pandemia ya no existe. Todo radicalmente ha cambiado. De nosotros depende tener conciencia y situarnos, con nuevas actitudes, ante nuevos aprendizajes.

Quien me ve a mí, ve al Padre, nos dice Jesús: ¿qué vemos cuando nos vemos?... cuando ahora vemos la Iglesia, ¿qué vemos?... cuando ahora vemos el mundo, ¿qué vemos?

De lo que estemos viendo y de la conciencia que tengamos de esta visión y perspectiva, dependerá nuestra actitud para cuando tengamos que salir progresivamente de esta experiencia de confinamiento. El mundo ha cambiado, incluso aunque no lo percibamos. ¿Nosotros hemos cambiado nuestra mirada del mundo? La Iglesia ha cambiado, incluso aunque aun no lo advirtamos. ¿Nosotros hemos cambiado nuestra mirada de la Iglesia?

Termino esta reflexión con el poema “*Esperanza*” del cubano Alexis Valdés, el cual hizo llegar su texto al Papa Francisco. En respuesta el Santo Padre le respondió diciendo que era el poema más hermoso que había leído en estos últimos tiempos.

*Cuando la tormenta pase
y se amansen los caminos
y seamos sobrevivientes
de un naufragio colectivo,
con el corazón lloroso
y el destino bendecido,
nos sentiremos dichosos
tan sólo por estar vivos.*

*Y le daremos un abrazo
al primer desconocido
y alabaremos la suerte
de conservar un amigo.*

*Y entonces recordaremos
todo aquello que perdimos
y de una vez aprenderemos
todo lo que no aprendimos.*

*Ya no tendremos envidia
pues todos habrán sufrido.
Ya no tendremos desidia,
seremos más compasivos.*

*Valdrá más lo que es de todos
que lo jamás conseguido,
seremos más generosos
y mucho más comprometidos,
entenderemos lo frágil
que significa estar vivos,
sudaremos empatía
por quien está y quien se ha ido,
extrañaremos al viejo
que pedía un peso en el mercado,
que no supimos su nombre
y siempre estuvo a tu lado.*

*Quizás el viejo pobre
era nuestro Dios disfrazado.
Nunca preguntamos su nombre
porque estábamos apurado.*

*Y todo será un milagro,
y todo será un legado,
y se respetará la vida,
la vida que hemos ganado.*

*Cuando la tormenta pase
te pido Dios, apenado,
que nos devuelvas mejores,
tal como nos habías soñado.*

Preguntas para el discernimiento

1. ¿En qué actitudes vives tu sacerdocio bautismal?
2. ¿En qué realidades sientes alguna responsabilidad en el pastoreo del cuidado y del acompañamiento?
3. ¿En qué te ha cambiado la experiencia del confinamiento con motivo de la pandemia?

Oración

Señor Jesús queremos, por la fe, mirarte
y al hacerlo, también contemplar el misterio del Padre.

Solo la fe nos permite mirarte.
Solo la fe nos concede mirarnos a nosotros mismos
y a los demás de manera diferente.

Necesitamos también mirar el mundo y a la Iglesia

con nuevos horizontes de fe.

Permítenos una perspectiva profunda
que se alimente de las luces de tu gracia
para que, a partir de ahora,
todo sea una novedad ante nuestros ojos.

Amén.